

# Reinventar el psicoanálisis, reinterrogar la histeria



NIEVES SORIA\*

Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina



**CÓMO CITAR:** Soria, Nieves. “Reinventar el psicoanálisis, reinterrogar la histeria”. *Desde el Jardín de Freud* 15 (2015): 49-63, doi: dfj.n15.50487.

\* e-mail: nievesoriadafunchio@gmail.com

© Obra gráfica: Carlos Jacanamijoy

## Reinventar el psicoanálisis, reinterrogar la histeria

La reinención del psicoanálisis que impone la época conlleva necesariamente la reinterrogación de la histeria —co-fundadora de nuestra práctica—, nominación utilizada en sentidos y niveles epistémicos muy diversos por los psicoanalistas, en los que la fenomenología, la estructura, el discurso y el síntoma suelen confundirse con frecuencia. Difícil de asir como categoría unívoca —situándose, sin embargo, como eje medular de nuestras conceptualizaciones—, interrogar la histeria nos devuelve la pregunta de forma invertida y nos obliga a interrogarnos acerca de nuestros fundamentos y, particularmente, a la hora de referirnos a la clínica actual y a los llamados nuevos síntomas, sintomatiza como mítica nuestra referencia histórica a la histeria clásica.

**Palabras clave:** discurso, estructura, fenomenología, histeria, síntoma.

## Reinventing Psychoanalysis, Revisiting Hysteria

The reinvention of psychoanalysis imposed by our times necessarily entails revisiting hysteria—co-founder of our practice—, a name used by psychoanalysts in very diverse epistemic senses and levels, in which phenomenology, structure, discourse, and symptom are frequently confused. Although hysteria is a central element of our conceptualizations, it is difficult to grasp in a univocal manner. Therefore, revisiting hysteria leads us to question our foundations, and, in the particular case of contemporary clinical practice and the so-called new symptoms, it symptomatizes our historical reference to classical hysteria as mythical.

**Keywords:** discourse, structure, phenomenology, hysteria, symptom.

## Réinventer la psychanalyse, réinterroger l'hystérie

La réinvention de la psychanalyse exigée par notre époque implique nécessairement que l'hystérie, en tant que co-fondatrice de notre pratique, soit mise en question une nouvelle fois, car les psychanalystes en font appel à divers titres et à des niveaux épistémiques très différents, où il arrive fréquemment que la phénoménologie, la structure, le discours et le symptôme s'entremêlent. Interroger l'hystérie nous renvoie la question d'un façon inversée et force à nous demander quels sont nos fondements notamment lorsqu'on parle de la clinique actuelle et desdits nouveaux symptômes, ce qui rend symptomatique notre rapport historique avec l'hystérie classique.

**Mots-clés :** discours, structure, phénoménologie, hystérie, symptôme



“El discurso analítico se instaure por esta restitución de la verdad a la histérica. Ha bastado con disipar el teatro en la histeria. Es en eso que digo que no deja de tener relación con algo que cambia la cara de las cosas en nuestra época. Podría insistir en el hecho de que cuando comencé a enunciar cosas que llevaba todo eso en potencia, tuve inmediatamente como eco el *splash* de un artículo sobre el teatro en la histérica. El psicoanálisis de hoy no tiene otro recurso que la histérica, no a la página. Cuando la histérica prueba que con la página dada vuelta continúa escribiendo en el dorso e incluso sobre la siguiente, no se comprende. Sin embargo, es fácil: ella es lógica”

JACQUES LACAN

### ¿HISTERIA CLÁSICA?

El encuentro de Freud (más bien diría, su respuesta al mismo, tan disímil de la de Breuer) con la histérica marca el comienzo —como más modestamente lo hace, sin duda, todo encuentro amoroso serio— de una invención inédita: el psicoanálisis. Ese encuentro primero conlleva ciertas marcas que —nuevamente, como en todo encuentro amoroso serio— se sintomatizarán en ese nudo extraño que configura la pareja inaugural de un análisis. En efecto, el dispositivo analítico —extraña deriva en la errancia de nuestro goce actual— sigue histerizando, historizando, a pesar de todo, y lo hace sintomáticamente, ya que se interroga y aun se culpa por ello, al ser su pecado original.

A partir de entonces, amor de transferencia, *talking cure*, amor al padre, intriga y teatro, asco sexual y síntoma conversivo se estampan —entre otros— como paradigmas de la histeria.

En esta época denominada pospaternalista, en la que nuestra práctica parece enfrentarnos más bien con la falta de transferencia, el silencio, la pérdida de vigencia de la referencia al Edipo, el empuje idealizado a la *performance* sexual también para ellas (con la introducción de la variable de los *n* géneros), y la presencia de fenómenos —corporales o no— bastante alejados del síntoma conversivo, tales como angustia bien masiva (*so called panik attack*), bien “existencial” (ligada con la desorientación, la eventual *falta de deseo* o *baja autoestima*), trastornos alimentarios, autoincisiones,

adiciones, impulsiones, celos, ira, intolerancia, etc., únicamente el gusto por la intriga y la teatralización —sobreabundantemente ofertadas y reverberadas por los *media* (TV, internet, etc.)— parecen sobrevivir en nuestra referencia paradigmática a esa entelequia que llamamos histeria.

En este punto, la época nos interroga obligándonos a reconsiderar nuestros fundamentos a la hora de reinventar el psicoanálisis, si queremos que continúe vigente —lo que no es necesario—, aunque podemos deseárselo contingentemente. ¿Esta diferente presentación de la histeria, aquella con la que se encontró el inventor del psicoanálisis y los casos actuales (que de algún modo nos aproximan a ella) tiene alguna referencia conceptual común que posibilite sostener nuestros fundamentos?

Este trabajo se propone abrir algunos interrogantes que marcan los ejes de una posible investigación acerca de la vigencia tanto de la histeria como de la práctica analítica en nuestra época.

## ¿ESTRUCTURA?

Un recorrido por algunos textos freudianos abrirá el camino a una interrogación acerca de aquello que unificaría a la histeria como una categoría clínica pasible de traducirse ulteriormente en términos de estructura por Lacan.

Los “Estudios sobre la histeria” marcan la sorpresa del encuentro con un síntoma que se evapora con palabras:

Descubrimos, en efecto, al comienzo para nuestra máxima sorpresa, que los síntomas histéricos singulares desaparecían enseguida y sin retornar cuando se conseguía despertar con plena luminosidad el recuerdo del proceso ocasionador, convocando al mismo tiempo el afecto acompañante, y cuando luego el enfermo describía ese proceso de la manera más detallada posible y expresaba en palabras el afecto.<sup>1</sup>

La teoría traumática dará cuenta de la génesis de dicho síntoma, siendo considerada en ese momento la disociación como el fenómeno basal de esta neurosis.

Dividiría en dos grupos los casos, tan diversos, presentados en el texto:

### 1) Casos en los que es posible situar elementos de peso que darían cuenta de una estructura psicótica desde la perspectiva lacaniana:

Si bien Anna O. es quien inventa, junto con Freud, el psicoanálisis, denominándolo *talking cure*, lleva al primer plano la dimensión de la escena, que se volverá característica de la histeria (al punto que Lacan situará precisamente lo propio de la histeria como un

1. Sigmund Freud, “Estudios sobre la histeria (Breuer y Freud)” (1893-95), en *Obras completas*, vol. II (Buenos Aires: Amorrortu, 2002), 32.

actuar fuera de sí, tomando el término ‘*acting out*’ en su acepción literal<sup>2</sup>). Así, como todo su cuadro parece organizarse en referencia al padre (que luego Lacan concebirá como el padre muerto, el padre idealizado, el padre castrado, referencia también central de la estructura histérica) y presenta síntomas que fenoméricamente podrían concebirse como síntomas de conversión (*strabismus convergens*, perturbaciones graves de la visión, parálisis por contractura, total en la extremidad superior derecha y en ambas inferiores, parcial en la extremidad superior izquierda, paresia de la musculatura cervical), presenta igualmente toda una serie de elementos que indican más bien que se trataría de una estructura psicótica.

Por empezar, tanto Breuer como Freud señalan, con sorpresa, la ausencia absoluta de desarrollo del elemento sexual (lo que se encuentra en las antípodas de las intensas representaciones sexuales reprimidas que se hallarían en el origen de los síntomas de la neurosis histérica). Asimismo, Freud hace referencia, en su descripción, a lo que denomina una psicosis que presenta alucinaciones en el marco de una profunda desorganización funcional del lenguaje. Encontramos en el caso elementos que darían cuenta no solo de la presencia de un agujero forclusivo en el orden simbólico (tales como los recién mencionados), sino también posibles efectos de la forclusión del falo en su imaginario: la gente se le convertía en figuras de cera, sin relación con ella (fenómeno cercano a los *hombres hechos a la ligera* de Schreber), intensos impulsos suicidas (que darían cuenta de lo que Lacan llamaba un “[...] desorden provocado en la juntura más íntima del sentimiento de la vida en el sujeto”<sup>3</sup>), serpientes que se le hacen presentes mientras cuida a su padre (¿retorno, en lo real, del falo forcluido?), así como la ulterior manifestación de que todo había sido simulado (¿*false self*?, ¿ilegitimidad del narcisismo esquizofrénico?).

También sabemos que si bien Freud afirma que todos los síntomas se remueven por vía del relato, hay investigaciones (realizadas por detractores del psicoanálisis, cuya posición no nos interesa, lo que no impide que nos sirvamos del resultado de su pertinaz trabajo de odio<sup>4</sup>) que indican lo contrario, señalando una vía posible de explicación de toda una serie de síntomas —tanto de esta paciente como de otras que vivían en la época— en la línea de la identificación imaginaria (llamada epidemia histérica en una perspectiva fenomenológica, no clínica —y mucho menos estructural— del tercer tipo propuesto por Freud en “Psicología de las masas y análisis del yo”, que luego revisaremos).

Así como Anna O. parece situarse más bien en el polo esquizofrénico de la psicosis, Emmy von N. parece hacerlo en el polo paranoide. Esta última padece sonambulismo, su rostro tiene una expresión dolorida, tensa; sus ojos guiñan, habla con voz queda, interrumpida en ocasiones por un balbuceo espástico que llega hasta

2. Cf. Jacques Lacan, “Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis” (1953), en *Escritos I* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1985), 292.

3. Jacques Lacan, “Cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis” (1955-1956), en *Escritos II* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1985), 540.

4. Cf. Mikkel Borch-Jacobsen, *Souvenirs d’Anna O.* (Paris: Aubier, 1995).

el tartamudeo, presenta una agitación incesante, tics, un chasquido. Este cuadro se transforma cuando su rostro se desfigura en una expresión de horror y asco, gritándole a Freud —quien indica allí la presencia de una cruel alucinación recurrente y la consecuente fórmula de defensa ante la intromisión del extraño—: “¡Quédese quieto! ¡No hable! ¡No me toque!”<sup>5</sup>. Las asociaciones refieren a representaciones ligadas a la muerte y no a la sexualidad: los hermanos le arrojaban animales muertos o la asustaban disfrazados de fantasmas, vio a su hermana y a su tía en un sarcófago, a esta última se le cayó la mandíbula inferior. Ha soñado cosas terroríficas, las patas y respaldos de las sillas eran, todos, serpientes; un monstruo con pico de buitres arremetió a los picotazos contra ella y la devoraba por todo el cuerpo, animales salvajes se le abalanzaron, etc. Luego pasa sin transición a otros delirios sobre animales que, empero, distingue con este agregado: “Eso fue real”. La única representación que introduce un elemento sexual es la que sale a luz ante el rechazo del alimento que presenta la paciente, en donde el asco a la comida remite al asco a los esputos de un hermano sífilítico, lo que de todos modos sitúa cierta vertiente paranoide, de temor al contagio vía la ingestión de alimentos.

También la transferencia se vuelve paranoide en este caso: la paciente acusa al Dr. N. y a Freud por la enfermedad de su hija (una paranoia, precisamente), y rompe el tratamiento con Freud solicitándole que se desvincule por escrito de ella como paciente.

## 2) Casos que podrían leerse desde la perspectiva lacaniana del lado de la estructura neurótica

Si bien Lucy R., Katharina y Cäcilie son descripciones breves en las que faltarían muchos elementos para afirmar un diagnóstico con cierto grado de certeza, presentan síntomas menores que remiten a una representación sexual reprimida, y que son rápidamente disueltos ante la interpretación freudiana.

Elizabeth Von R., en cambio, es un caso florido que presenta suficientes indicios como para confirmar una neurosis histérica. Presenta un único síntoma, que adquiere todo el peso del síntoma conversivo: una *astasia abasia*, de la que Freud señala sobre el final que “[...] los giros lingüísticos ‘No avanzar un paso’, ‘No tener apoyo’, etc., constituyeron los puentes para ese nuevo acto de conversión”<sup>6</sup>. En el registro simbólico es posible aislar en este síntoma un funcionamiento metafórico, así como en el registro real, pulsional, Freud no deja de observar una expresión más de placer que de dolor cuando la zona es examinada, por lo que no duda en calificarla de “zona histerógena”.

Por otra parte, Freud subraya el estrecho apego de la paciente a su padre, “[...] hombre alegre y dotado de la sabiduría de vivir, quien solía decir que esa hija le



5. Freud, “Estudios sobre la histeria (Breuer y Freud)”, 72.

6. *Ibíd.*, 188.



sustituía a un hijo varón y a un amigo con quien podía intercambiar ideas”<sup>7</sup>. Define su padecimiento como el de una muchacha ambiciosa y necesitada de amor, cuya neurosis gira alrededor de un padre enfermo y el amor por su cuñado, del que logra desprenderse con relativa facilidad —así como de Freud mismo—, en el punto en que este (que no carecía de inclinaciones “celestinas”, como puede comprobarse también en el caso de Dora) intenta obtener de la madre de Elizabeth una opinión favorable a una posible relación de ella con su cuñado viudo. Aquí, como en el caso de Dora, es Freud mismo quien queda fascinado por el brillo de aquella, que escapa a su saber y proceder de amo, llegando a conseguir acceso a un baile tan solo para verla de lejos en “alígero vuelo”, constatando luego su casamiento “con un extraño”<sup>8</sup>. Lo raro de esta observación, sin duda, es la propia posición de Freud, sorprendido por el desapego de esta mujer, que escapa sin mayor dificultad a cierta lógica familiar que se le imponía en su neurosis (y en la que Freud mismo queda tomado, no sin apostar al efecto de despegue que dicha posición podía provocar en su paciente).

Casos ulteriores de Freud, particularmente el caso Dora (elevado al rango de paradigma, más allá del interés freudiano, centrado en el análisis de los sueños a la hora de escribirlo), pero también el de la llamada “joven homosexual”, pasan a formar parte del núcleo duro de la doctrina psicoanalítica en materia de histeria, particularmente a partir de la lectura que J. Lacan realiza de los mismos en un primer tiempo de su enseñanza. Ambos casos se presentan marcados por la intriga y el desafío al padre, en refinadas tramas en las que el *acting out* desemboca necesariamente en pasaje al acto. En ambos casos, la corriente denominada por él *ginecófila* se presenta de un modo desconcertante para Freud, explicando en el primero, retroactivamente, la interrupción del análisis ante la emergencia de la transferencia negativa; en el segundo, culminando en lo que Lacan no vacila en calificar de pasaje al acto, al dejarla caer en una derivación a una analista mujer<sup>9</sup>. Si bien en el primer caso es posible verificar una neurosis infantil, que da cuenta de una trama de síntomas conversivos, que se despliegan particularmente en el campo de la pulsión oral, mientras que en el segundo, Freud señala la ausencia de neurosis, tanto infantil como adulta, la lectura freudiana de ambos gira —como hiciera anteriormente en varios de los casos de los “Estudios sobre la histeria”— alrededor de la figura del padre, dejando de lado el lugar opaco y hasta ausente de la madre en cada caso —aunque sin dejar de señalar ese punto oscuro—.

Señalamos que es, sin duda, esa orientación al padre (o *père-versión*, en términos lacanianos) que le imprime Freud a la construcción de estos casos, la que queda en un lugar medular de la enorme construcción estructural psicopatológica que realiza Lacan en un retorno a Freud, marcado a fuego por la referencia al Edipo freudiano, ahora rebautizado *Nombre del Padre*.

7. *Ibíd.*, 155.

8. *Ibíd.*, 174.

9. Cf. Jacques Lacan, *El seminario. Libro 10. La Angustia (1962-1963)* (Buenos Aires: Paidós, 2006), 126.

Por otra parte, en los textos en los que Freud aborda la histeria desde una perspectiva metapsicológica, suele distinguir, de modo más o menos explícito, entre histeria de angustia e histeria de conversión. Finalmente prevalece esta última, diluyéndose la primera en la nominación de fobia que sin embargo constituiría tan solo un segundo momento, no siempre logrado en el despliegue de la histeria de angustia<sup>10</sup> (cuyo detenimiento en un primer momento explicaría infinidad de casos actuales, si bien plantea la pregunta acerca del estatuto que esa neurosis tendría, en la medida en que supondría un detenimiento en lo que Lacan dio en llamar primer tiempo del Edipo). Heredamos de Freud una perspectiva más bien fenoménica de la histeria, definida fundamentalmente a partir de la presencia del síntoma conversivo y del mecanismo simbólico que él cree confirmar en la respuesta del mismo a la interpretación analítica. En ese punto preciso se basa asimismo su distinción respecto de la esquizofrenia, al señalar que “muchos de aquellos elementos que en las neurosis de transferencia nos vemos obligados a buscar en lo inconsciente por medio del psicoanálisis, son conscientemente exteriorizados en la esquizofrenia”, planteando que lo que en la esquizofrenia conduce a un elemento del proceso mental “cuyo contenido es una invención somática (o, más bien, su sensación)” (dando lugar al lenguaje de órgano), en la histeria se hubiese resuelto mediante una conversión efectiva sobre el órgano implicado, sin “[...] ser capaz de exteriorizar después ninguno de tales pensamientos”<sup>11</sup>.

## ¿UN MODO DE LAZO?

De algún modo podríamos decir que así como Freud introduce el Edipo en el discurso de la histeria, obliga a que su síntoma se vuelva mensaje, imponiéndose casi por la fuerza como *partenaire*, lo que dice más de la facilidad de la histeria para situarse en el lugar de causa del deseo, convocando al Otro en lugar de amo a la elaboración de saber —para finalmente localizar allí su falta—, que de su propia estructura, que queda entonces revestida por la elucubración de saber de dicho *partenaire* —saber con pretensiones de verdad, como señala Lacan en el seminario 17<sup>12</sup>, cuyo estatuto interrogaremos más adelante—.

Así se abre la pregunta acerca de la histeria como modo de lazo, en cuanto lleva a la escritura lacaniana de un discurso que le es propio, destacándose del resto de las categorías clínicas al transformarse en un discurso pasible de escribirse. Esta pregunta conlleva también otra sobre la relación entre estructura y discurso: ¿coinciden?, ¿se superponen?, ¿o más bien habría que situar el discurso histerico como una modalidad de lazo formalizada por el discurso analítico, que atraviesa las estructuras, y quizás también las épocas? Recordemos que Lacan se refiere a la histerización del obsesivo

10. Cf. Sigmund Freud, “Lo inconsciente” (1915), en *Obras completas*, vol. XIV (Buenos Aires: Amorrortu, 1984), 179-181.

11. *Ibíd.*, 195.

12. Cf. Jacques Lacan, *El seminario. Libro 17. El reverso del psicoanálisis (1969-1970)* (Buenos Aires: Paidós, 1992), 104.

por el discurso analítico; pero ¿no nos encontramos también con algo de ese efecto discursivo en otros tipos clínicos —incluso psicosis— en la medida en que se demuestran sensibles al discurso analítico?

Pero comencemos por Freud. Su teoría de las identificaciones —modalidad fundamental de lazo en el *parlêtre*— gira, de un modo u otro, alrededor de la histeria. La identificación primaria, en cuanto es de tipo canibalístico, que opera por incorporación, supone de algún modo una elección previa (ya que el caníbal solo incorpora el cuerpo del enemigo que admira, no el de aquel que desprecia o le es indiferente), lo que lleva a Lacan a señalar ese carácter problemático que implica la mezcla entre amor e identificación en juego en múltiples oportunidades, llegando a situarla como armadura del amor al padre en el corazón del toro histérico en el seminario 24<sup>13</sup> —cuestión que retomaremos luego—. Por otra parte, Freud toma como ejemplo de la identificación formadora de síntoma neurótico la tos de Dora, que remite al objeto amado en el Edipo, señalando que también podría remitir al rival edípico.

El tercer tipo de identificación, en cambio, si bien dará lugar a la formación de un síntoma, este último no se especifica como neurótico, ya que prescinde de la elección de objeto (por lo que no transita la vía edípica):

Uno de los ‘yo’ ha percibido en el otro una importante analogía en un punto (en nuestro caso, el mismo apronte afectivo); luego crea una identificación en este punto, e influida por la situación patógena esta identificación se desplaza al síntoma que el primer ‘yo’ ha producido. La identificación por el síntoma pasa a ser así el indicio de un punto de coincidencia entre los dos ‘yo’ [...].<sup>14</sup>

Se trata de una identificación por el síntoma que se juega en el registro imaginario, dando lugar a síntomas que cabría calificar de sociales, en cuanto que se sostienen en un nudo con el cuerpo o los cuerpos de los otros. Esto explica no solo que en esta época calificada de pospaternalista las epidemias “histéricas” sigan vigentes (como puede verificarse, por dar solo un par de ejemplos, en el caso de las 600 niñas paralizadas sin causa orgánica comprobable, en una institución católica coreana denominada Villa de las Niñas en Méjico a finales del 2006<sup>15</sup>, así como la epidemia histórica ocurrida en el 2012 en una escuela de Le Roy, en las afueras de Nueva York<sup>16</sup>), en la medida en que se trata de identificaciones transestructurales, por cuanto, seguramente, forman parte de ese nudo más o menos transitorio de cantidad de casos —y, a la vista de los numerosos fenómenos sintomáticos más o menos serios producidos por la web, podríamos, sin lugar a dudas, referirnos a infinidad de subjetividades de todo tipo.

Volvamos ahora a Lacan. En su seminario 17, avanza, con vacilación —incluso ambigüedad, diría— en la vía de distinguir entre padre y amo, definiendo al discurso

13. En especial la clase del 14 de diciembre de 1976. Jacques Lacan, *Seminario 24. El no saber que es (sabe) del inconsciente es el amor (1976-1977)*. Texto traducido por la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Inédito.

14. Sigmund Freud, “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921), en *Obras completas*, vol. XVIII (Buenos Aires: Amorrortu, 1984), 101.

15. «“Histeria masiva” provocó parálisis en 600 niñas», *Perfil.com*, abril 6 del 2007. Disponible en: <http://www.perfil.com/internacional/Histeria-masiva-provoco-paralisis-en-600-ninas-20070406-0024.html> (consultado el 03/02/14).

16. Susan Dominus, “What happened to the girls in Le Roy”, *The New York Times*, marzo 7 del 2012. Disponible en: [http://www.nytimes.com/2012/03/11/magazine/teenage-girls-twitching-le-roy.html?pagewanted=all&\\_r=0](http://www.nytimes.com/2012/03/11/magazine/teenage-girls-twitching-le-roy.html?pagewanted=all&_r=0) (consultado el 03/02/14).



histórico a partir del lazo con este último. En ese punto cabe preguntarse, tanto acerca de ese síntoma de vacilación en Lacan a la hora de establecer esta diferencia, así como acerca de los alcances de su operación.

Así, en un momento señala la proximidad entre el padre y el amo:

En todos los casos, desde los *Stüdien Über Hysterie*, el propio padre se constituye por apreciación simbólica. Después de todo, incluso enfermo o moribundo, es lo que es. Considerarlo deficiente respecto de una función de la que no se ocupa es darle una asignación simbólica propiamente dicha. Es proferir de forma implícita que el padre no es solo lo que es, es un título como el de *excombatiente* —es un *exgenitor*—. Es padre, como el excombatiente, hasta el fin de sus días. Esto es implicar en la palabra padre algo que siempre está en potencia, en materia de creación. Y es en relación con esto, en este campo simbólico, donde hay que observar que el padre, en la medida en que desempeña ese papel central, principal, este papel amo en el discurso de la histérica, esto es precisamente lo que, desde el punto de vista de la potencia de creación, sostiene su posición con respecto a la mujer, aun estando fuera de servicio. Así se especifica la función de la que depende la relación de la histérica con el padre y es precisamente lo que nosotros designamos como el padre idealizado.<sup>17</sup>

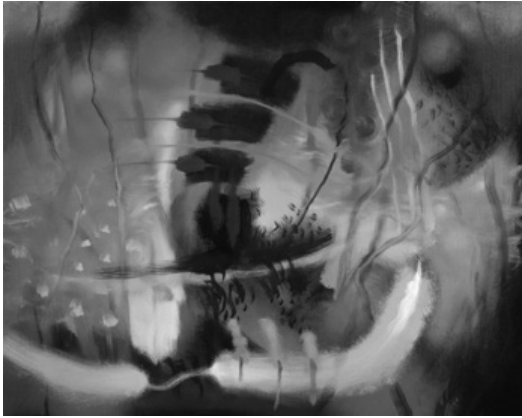
Pero luego marca su distancia radical:

La relación del padre con el amo —me refiero al amo tal como lo conocemos y tal como funciona— es de lo más lejana, ya que al fin y al cabo, al menos en la sociedad de la que Freud se ocupa, él es quien trabaja para todos. Tiene a su cargo a la *famil* de a que antes hablaba. ¿No es esto lo bastante extraño como para hacernos sugerir que, después de todo, lo que Freud preserva, de hecho si no de forma intencionada, es precisamente lo que designa como más sustancial en la religión, a saber, la idea de un padre todo amor? Esto es lo que designa la primera forma de identificación entre las tres que aísla en el artículo que les recordaba hace un momento —el padre es amor, el padre es lo primero que hay que amar en este mundo... ya pueden ver lo principal— todo conduce a la idea del asesinato, a saber, que el padre original es aquel a quien los hijos han matado, tras lo cual cierto orden resulta del amor por este padre muerto. Esto, con sus enormes contradicciones, su barroquismo y su superfluidad, ¿no parece tan solo una defensa contra las verdades que articulan claramente en su proliferación todos los mitos, antes de que Freud, al elegir el de Edipo, restringiera esas verdades? ¿Qué es lo que se trata de disimular? Que, cuando entra en el campo del discurso del amo con el que ahora nos estamos orientando, el padre está castrado desde el origen.<sup>18</sup>



17. Lacan, *El seminario. Libro 17. El reverso del psicoanálisis*, 100.

18. *Ibíd.*, 105-106.



Si, en efecto, conseguimos separar el lugar del padre y el del amo, sin duda podemos conceptualizar el discurso histérico como una modalidad de lazo transestructural, en la medida en que se desprende de la referencia al Edipo freudiano, posibilitándonos interrogar entonces la histeria más allá de los límites de una estructura neurótica. Ciertos desarrollos de Lacan en los seminarios 18 y 23 nos llevan en esa dirección.

Por otra parte, el síntoma lacaniano de ambivalencia, de ida y vuelta, tanto respecto del valor de las elucubraciones del padre Freud, como de la referencia misma al padre —síntoma que atraviesa sin lugar a dudas la enseñanza de Lacan desde el seminario 17 hasta el final—, me parece situar un real del psicoanálisis que cae con todo el peso del síntoma sobre los que elegimos tomar la posta.

En el seminario 18 Lacan indica que la histeria es el teatro y que así como para que este último se sostenga Brecht percibe la necesidad de introducir cierta distancia, cierto enfriamiento, el discurso analítico introduce algo parecido en su efecto de elucidación del teatro histérico, llevando a la histérica a una renuncia “[...] a la clínica exuberante con la cual ella adornaba la hiancia de la relación sexual”<sup>19</sup>, señalando que esta renuncia a esa clínica lujuriosa debe ser tomada como un signo positivo, que indica que ella va a hacer algo mejor que eso —único lugar, seguramente no casual, en el que vemos una posición optimista de Lacan respecto del porvenir—. Encontramos en esta ocasión un respeto de Lacan por la histeria, que ya asomaba el año anterior, cuando señalaba:

¿Y por qué se equivocó Freud hasta ese punto, teniendo en cuenta que, de creer en mi análisis de hoy, no tenía más que tomar lo que le daban así, en la mano? ¿Por qué sustituye el saber que recoge de todos esos picos de oro, Anna, Emmie, Dora, por ese mito, el complejo de Edipo?<sup>20</sup>

Retomaremos este último y crucial punto hacia el final del presente trabajo, subrayando por ahora el valor del saber de la histérica como un saber que se sostendría por sí mismo, más allá de la referencia al Edipo, luego introducida por Freud.

Lacan deja indicado en ambos seminarios (17 y 18) que ese saber de la histérica apunta a agujerear el saber del amo, situando en ese punto una estrecha relación entre histeria y feminidad —ya subrayada por Freud en “Inhibición, síntoma y angustia”—, por cuanto allí se trataría de un saber acerca de la inexistencia del significante de La Mujer y por ende, de la relación sexual.

Si ese saber es desplegado por la histérica en un diálogo con el amo, cabe preguntarse acerca de los efectos del viraje capitalista introducido en el discurso del amo y sus efectos en los síntomas con los que el saber de la histérica lo interroga<sup>21</sup>.

19. Lacan, *El seminario. Libro 18. De un discurso que no sería de apariencia*, 154.

20. Lacan, *El seminario. Libro 17. El reverso del psicoanálisis*, 104.

21. Al respecto véase Nieves Soria Dafunchio, “La dimisión paterna generalizada. Del síntoma al trastorno”, *Psicoanálisis y el Hospital* 30 (2006): 11-15; así como “Efectos clínicos de la forclusión de la castración”, *Psicoanálisis y el Hospital* 29 (2006): 34-38, de la misma autora.

En efecto, si el amo actual no presenta ideales que se sostengan como brújula de nuestro goce, ni tampoco se encarna en figuras de poder (ya que todos sabemos, de modo más o menos consciente, que no son los políticos los que tienen el poder en esta época, sino el mercado, que fluctúa, que es un amo sin rostro, sin encarnadura, siempre presto a servirse de los pequeños y diversos ideales que pueda encontrar cada subjetividad en su horizonte, empujándola imperiosamente al consumo<sup>22</sup>) obliga necesariamente a la histérica a llevar su huelga a otros lugares, poniendo su síntoma en cruz respecto a lo que, según este orden de cosas, debería hacer que las cosas marchen: por defecto (depresión, inhibición, angustia masiva que restringe la eficacia, anorexia, autoincisiones, etc.) o por exceso (adicciones al trabajo o a drogas de rendimiento, bulimia, búsqueda de la diversión y el entretenimiento que la dejan por fuera de toda referencia a un espacio subjetivo, etc.).

## ¿UN TIPO DE NUDO?

El Lacan de la clínica nodal hace algunas referencias a la histeria, que interrogaremos a continuación. En el seminario 23 invita a su auditorio a una obra de teatro (*Retrato de Dora*), indicando el interés —impactante e instructivo— de encontrar allí una histeria incompleta, mientras que, desde Freud, e incluso antes, la histeria es siempre de dos, ya que incluye a otro que la comprende<sup>23</sup>. Esto lleva a Lacan a definir esa histeria sin Otro como una “histeria rígida”, refiriéndose entonces a una presentación rigidizada de la cadena borromea (en la que los tres anillos que soportarían los tres registros serían rectángulos duros en lugar de redondeles de cuerda).

El planteo clínico de Lacan es la propuesta de ir a ver en la obra de teatro a la histeria en estado puro, sin Otro, indicando que ese estado de la histeria es un estado rígido —lo que sin duda abre a la cuestión del estatuto de la histeria en la actualidad, vía de investigación indicada por E. Laurent<sup>24</sup>, y que nos retrotrae al punto de partida: la opacidad —también señalada por Freud en “Inhibición, síntoma y angustia”<sup>25</sup>— del síntoma histérico allí donde no se encuentra el Otro para descifrarlo (o como diría Lacan en “Televisión”, para localizarlo, anudarlo, orientarlo). Lacan encuentra estimulante tal estado de la histeria pura, sin dejar de señalar la rigidización que implica —aun cuando desde la perspectiva nodal deje de ser tal, ya que en topología no existe la diferencia entre los redondeles de cuerda y los rectángulos rígidos que muestra Lacan, por lo que finalmente indica que se trata de una cadena flexible. Se trata allí, en todo caso, de una rigidez aparente, por la que no hay que dejarse espantar, apostando a la flexibilidad que el encadenamiento borromeo, en cuanto tal, plantea.

22. Algunas de estas cuestiones fueron abordadas en: Jacques-Alain Miller y Eric Laurent, *El Otro que no existe y sus comités de ética* (Buenos Aires: Paidós, 2005).

23. Jacques Lacan, *El seminario. Libro 23. El sinthome (1972-1973)* (Buenos Aires: Paidós, 2006), 104.

24. Eric Laurent, “Hablar con el propio síntoma, hablar con el propio cuerpo”, en *Encuentro Americano de Psicoanálisis de la Orientación Lacaniana* (ENAPOL), 27 de septiembre, 2012. Disponible en: [http://www.enapol.com/es/template.php?file=Argumento/Hablar-con-el-propio-sintoma\\_Eric-Laurent.html](http://www.enapol.com/es/template.php?file=Argumento/Hablar-con-el-propio-sintoma_Eric-Laurent.html) (consultado el 04/04/2014).

25. Sigmund Freud, “Inhibición, síntoma y angustia” (1926 [1925]), en *Obras completas*, vol. XX (Buenos Aires: Amorrortu, 1984), 107.

El otro punto problemático del nudo, que propone aquí Lacan, es que se trata de un anudamiento borromeo de los tres registros entre sí, sin necesidad alguna del cuarto, que implica el nombre del padre. Este tipo de anudamiento plantea la posibilidad —ya esbozada en alguna clase del seminario 22— de prescindir del cuarto anillo, a la vez que propone el problema que implica un anudamiento sin falla de los tres registros<sup>26</sup>, abriendo la cuestión acerca del estatuto que tendría en él el lapsus estructural (¿forclusión de la castración propia del discurso capitalista, tal como señalaba Lacan en el seminario 19?<sup>27</sup>). Por otra parte, un nudo borromeo, sin el cuarto, sugiere la pregunta por la neurosis sin Edipo, la que no se sostiene demasiado, en la medida en que se trataría allí de un anudamiento de los registros sin falla.

Por el contrario, encontramos que en otros desarrollos de este momento de su enseñanza, al considerar la histeria el acento recae justamente en que es el único tipo clínico que consigue demostrar la inexistencia de la relación sexual, en la medida en que llega a adquirir el estatuto de un discurso<sup>28</sup>. Es así como llega a definir a la histeria misma como el lugar en el que se establece la relación entre el

[...] uso de las palabras en una especie que tiene palabras a su disposición y la sexualidad que reina en esta especie. La sexualidad está enteramente capturada en esas palabras, ese es el paso esencial que él [Freud] ha dado. Eso es mucho más importante que saber lo que quiere decir o no quiere decir el inconsciente. Freud ha puesto el acento sobre este hecho. Todo eso, es la histeria misma.<sup>29</sup>

Así, la íntima relación de la histérica con el sexo es la que le posibilita demostrar la inexistencia de la relación sexual, al pasar por el discurso analítico:

Freud era un débil mental como todo el mundo, y como yo mismo en particular, además neurótico, un obsesionado por la sexualidad como se ha dicho. ¿Por qué la obsesión de la sexualidad no sería tan válida como otra? —puesto que para la especie humana, la sexualidad es obsedante con toda razón—. Ella es en efecto anormal, en este sentido, que no hay relación sexual. Freud, es decir un caso, ha tenido el mérito de darse cuenta de que la neurosis no era estructuralmente obsesiva, que era histérica en el fondo, es decir ligada al hecho de que no hay relación sexual, que hay personas que eso les da asco, lo que así y todo es un signo, un signo positivo, que eso les hace vomitar.<sup>30</sup>

Finalmente, en el seminario 24 terminará proponiendo el nudo histérico como un nudo con toros que anuda la cadena de las generaciones de distintas maneras, algunas borromeas y otras no (lo que deja abierta la relación entre el nudo histérico y la estructura psicopatológica nuevamente), indicando que en ese anudamiento es central la armadura del amor de la histérica por su padre:

26. Al respecto véase: Nieves Soria Dafuncho, *Inhibición, síntoma, angustia. Hacia una clínica nodal de las neurosis* (Buenos Aires: Del Bucle, 2010).

27. Cf. Jacques Lacan, *Hablo a las paredes* (1972) (Buenos Aires: Paidós, 2012), 106.

28. Cf. Jacques Lacan, "Introducción a la edición alemana de un primer volumen de los Escritos" (1973), en *Otros escritos* (Buenos Aires: Paidós, 2012), 556-557.

29. Cf. Jacques Lacan, "Consideraciones sobre la histeria" (1977), *Revista Cuarto* 90, 2 (1981): 12-16. Traducción de Carmen Ribés.

30. Lacan, *Seminario 24. El no saber que es (sabe) del inconsciente es el amor* (1976-1977). Texto traducido por la Escuela Freudiana de Buenos Aires, inédito.

[...] la histérica está sostenida en su forma de garrote por una armadura, distinta de su consciente [sic], y que es su amor por su padre. Todo lo que conocemos de esos casos enunciados por Freud concernientes a la histeria, ya se trate de Anna O., de Emmy von N., de Isabel von R., lo confirma. El montaje es la cadena, la cadena de las generaciones.<sup>31</sup>

Es de destacar que en este punto Lacan personaliza al padre, lo que abre la pregunta acerca de si podría haber amor hacia la persona del padre sin que esté en juego la función simbólica del Nombre del Padre (como podría colegirse en casos como el de Anna O., por ejemplo).

Es por la vía de este planteo lacaniano acerca de la histeria como sostenida en el inconsciente, en el montaje de la cadena de las generaciones, que somos conducidos a plantear la histeria, en cuanto porta la historia, como síntoma del psicoanálisis.

## LA HIST(E-O)RIA COMO SÍNTOMA DEL PSICOANÁLISIS

¿A dónde fueron a parar las histéricas de antes, esas mujeres maravillosas, las Anna O., las Emmy von N...? No solo encarnaban un cierto papel, un papel social cierto, sino que cuando Freud comenzó a escucharlas, fueron ellas las que permitieron el nacimiento del psicoanálisis. Es de su escucha que Freud inauguró un modo enteramente nuevo de relación humana. ¿Qué reemplaza esos síntomas histéricos de antaño? ¿La histeria no se desplazó en el campo social? ¿No la habría reemplazado la chifladura psicoanalítica?<sup>32</sup>

En su conferencia en Bruselas, Lacan indica un desplazamiento de la histeria en el campo social, una vez deja caer esos síntomas de antaño, señalando que quizás el lugar que dejó vacante haya sido ocupado por lo que llama la chifladura psicoanalítica. Propongo considerar esa chifladura en relación con la insoslayable referencia a la historia que porta nuestra práctica, así como al mito de origen que parece, aún hoy, sostener la columna de nuestro saber, siguiendo de algún modo el planteo de Lacan en el seminario 17 cuando señalaba:

El Edipo desempeña el papel del saber con pretensiones de verdad, es decir, del saber que se sitúa en la figura del discurso del analista en el emplazamiento que le corresponde [...] a la verdad [...]. Tal es la forma idealizada que le da Freud. [...] de esto presenta Freud una forma idealizada, una forma que está completamente enmascarada. Sin embargo, la experiencia de la histérica, si no sus decires, al menos las configuraciones que ella le proporcionaba, hubieran debido llevar a pensar que esto sugiere la necesidad



31. *Ibíd.*

32. *Ibíd.*, 27.



de reconsiderar, en el nivel del propio análisis, cuál es el saber que hace falta, para que este saber pueda ser puesto en cuestión en el lugar de la verdad.<sup>33</sup>

Las idas y vueltas de Lacan en torno a la cuestión del padre hasta el final de su enseñanza indican que se encuentra allí un hueso, un real, tal como sostenía él mismo en la Universidad de Columbia:

El padre, es una función que se refiere a lo real, y no es forzosamente lo verdadero de lo real. Lo que no impide que lo real del padre es absolutamente fundamental en el análisis. El modo de existencia del padre proviene de lo real. Es el único caso en que lo real es más fuerte que lo verdadero. Digamos que también lo real puede ser mítico. Lo que no impide que, para la estructura, sea tan importante como todo decir verdadero. En esta dirección está lo real. Es muy inquietante. Es muy inquietante que haya un real que sea mítico, y es justamente por eso que Freud mantuvo tan fuertemente en su doctrina la función del padre.<sup>34</sup>

Por un lado el padre y la historia; por otro, la histérica, que se desplaza, tomando nuevos lugares. Y una orientación que se deja escuchar en la enseñanza de Lacan: seguir sus pasos, que quizás nos lleven más allá de la chifladura...

## BIBLIOGRAFÍA

- ANÓNIMO. "‘Histeria masiva’ provocó parálisis en 600 niñas". *Perfil.com*. Abril 6 del 2007. Disponible en: <http://www.perfil.com/internacional/Histeria-masiva-provoco-paralisis-en-600-ninas-20070406-0024.html> (consultado el 03/02/14).
- BORCH-JACOBSEN, MIKKEL. *Souvenirs d’Anna O*. Paris: Aubier, 1995.
- DOMINUS, SUSAN. "What happened to the girls in Le Roy". *The New York Times*. Marzo 7 del 2012. Disponible en: [http://www.nytimes.com/2012/03/11/magazine/teenage-girls-twitching-le-roy.html?pagewanted=all&\\_r=0](http://www.nytimes.com/2012/03/11/magazine/teenage-girls-twitching-le-roy.html?pagewanted=all&_r=0) (consultado el 03/02/14).
- FREUD, SIGMUND. "Estudios sobre la histeria (Breuer y Freud)" (1893-95). En *Obras completas*. Vol. II. Buenos Aires: Amorrortu, 2002.
- FREUD, SIGMUND. "Lo inconsciente" (1915). En *Obras completas*. Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1984.
- FREUD, SIGMUND. "Psicología de las masas y análisis del yo" (1921). En *Obras completas*. Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1984.
- FREUD, SIGMUND. "Inhibición, síntoma y angustia" (1926 [1925]). En *Obras completas*. Vol. XX. Buenos Aires: Amorrortu, 1984.
- LACAN, JACQUES. "Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis" (1953). En *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1985.
- LACAN, JACQUES. "Cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis" (1955-1956). En *Escritos II*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1985.
33. Lacan, *El seminario. Libro 17. El reverso del psicoanálisis*, 104-106.
34. Jacques Lacan, "Conferencia en la Universidad de Columbia" (1975). Inédita. Existe una versión francesa en la revista *Scilicet* 5/6.

- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 10. La Angustia* (1962-1963). Buenos Aires: Paidós, 2006.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 17. El reverso del psicoanálisis* (1969-1970). Buenos Aires: Paidós, 1992.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 18. De un discurso que no sería de apariencia* (1971). Buenos Aires: Paidós, 2010.
- LACAN, JACQUES. *Hablo a las paredes* (1972). Buenos Aires: Paidós, 2012.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 23. El sinthome* (1972-1973). Buenos Aires: Paidós, 2006.
- LACAN, JACQUES. "Introducción a la edición alemana de un primer volumen de los Escritos" (1973). En *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós, 2012.
- LACAN, JACQUES. "Conferencia en la Universidad de Columbia" (1975). Inédita
- LACAN, JACQUES. *Seminario 24. El no saber que es (sabe) del inconsciente es el amor* (1976-1977). Texto traducido por la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Inédito.
- LACAN, JACQUES. "Consideraciones sobre la histeria" (1977). *Revista Quarto* 90, 2 (1981): 12-16. Traducido por Carmen Ribés.
- LAURENT, ERIC. "Hablar con el propio síntoma, hablar con el propio cuerpo". En Encuentro Americano de Psicoanálisis de la Orientación Lacaniana (ENAPOL), 27 de septiembre, 2012. Disponible en: [http://www.enapol.com/es/template.php?file=Argumento/Hablar-con-el-propio-sintoma\\_Eric-Laurent.html](http://www.enapol.com/es/template.php?file=Argumento/Hablar-con-el-propio-sintoma_Eric-Laurent.html) (consultado el 04/04/2014).
- MILLER, JACQUES-ALAIN Y LAURENT, ERIC. *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Buenos Aires: Paidós, 2005.
- SORIA DAFUNCHIO, NIEVES. "Efectos clínicos de la forclusión de la castración". *Psicoanálisis y el Hospital* 29 (2006): 34-38.
- SORIA DAFUNCHIO, NIEVES. "La dimisión paterna generalizada. Del síntoma al trastorno". *Psicoanálisis y el Hospital* 30 (2006): 11-15.
- SORIA DAFUNCHIO, NIEVES. *Inhibición, síntoma, angustia. Hacia una clínica nodal de las neurosis*. Buenos Aires: Del Bucle, 2010.

